

*La provocación cosmológica de Schopenhauer **

«Podría uno volverse loco si considerase la desmesurada exuberancia de dispositivos, las innumerables estrellas fijas que resplandecen en el espacio infinito y no tienen otra cosa que hacer sino iluminar mundos que son el escenario de la miseria y la necesidad» (Schopenhauer).

De acuerdo con Freud, el egoísmo narcisista de la humanidad ha tenido que soportar en el transcurso de los tiempos tres grandes humillaciones en virtud de la investigación científica:

«La primera, cuando se percató de que nuestra Tierra no es el centro del universo, sino una minúscula e insignificante parte de un sistema cósmico apenas imaginable en su grandeza. Esta humillación se liga para nosotros al nombre de Copérnico, si bien la ciencia alejandrina ya había proclamado algo semejante. La segunda, después, cuando la investigación biológica destruyó los presuntos privilegios del hombre en la creación, desterrándolo a su procedencia del reino animal y a lo inextinguible de su naturaleza animal. Esta transmutación de valores se ha llevado a cabo en nuestros días bajo el influjo de Ch. Darwin, Wallace y sus predecesores, no sin la más vehemente resistencia de los contemporáneos. La tercera y más sentida humillación la ha de sufrir, empero, el ansia de grandeza del hombre en virtud de la actual investigación psicológica, que va a demostrar al yo que ni siquiera es señor en su propia casa, sino que se halla supeditado a las mezquinas noticias de aquello que sucede inconscientemente en su vida anímica.»¹.

* El presente artículo pertenece a la Introducción de la obra SPIERLING, V. (Edit.), *Materialien zu Schopenhauers «Die Welt als Wille und Vorstellung»*. Francfort del Meno, Suhrkamp, 1984, según una selección de textos del propio autor, revisados y completados por él mismo. La traducción del artículo ha sido realizada por Ana Isabel Rábade Obradó.

1. S. Freud, «Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse» («Lecciones de introducción al psicoanálisis»), lección 18 (1917), en: *Studien Ausgabe*, vol. I, edic. de A. Mitscherlich y otros, Francfort del Meno, 2.ª ed., 1970, pp. 283 y s. Cfr. S. Freud, «Eine Schwierigkeit der Psychoanalyse» («Una dificultad del psicoanálisis») (1917), *Gesammelte Werke*, vol. XII, Londres, 1947, pp. 6-12.

R. Carnap ha duplicado la tríada de Freud. Al igual que Freud, se ha incluido a sí mismo en la lista: Copérnico, Darwin, Marx, Nietzsche, Freud y Carnap. (R. Carnap, «Psychologie in physikalischer Sprache» («La psicología en lenguaje fisicalista»), en *Erkenntnis*, 3, 1932/33, pp. 109 y s.).

Estas tres degradaciones de las que habla Freud se encuentran ya en Schopenhauer. Con la primera, la *humillación cosmológica*, inicia el segundo volumen de *El mundo como Voluntad y representación*:

«Innumerables bolas luminosas en el espacio infinito, alrededor de cada una de las cuales gira aproximadamente una docena de otras más pequeñas iluminadas por aquéllas, calientes en su interior y revestidas de una corteza endurecida y fría, sobre la cual una capa de humedad ha engendrado seres vivos y cognoscentes: ésta es la verdad empírica, lo real, el mundo.»²

Esta imagen astronómica, en la que está integrada la idea de Giordano Bruno de la infinitud del universo y sus innumerables sistemas solares, la presenta Schopenhauer primeramente como una verdad *empírica* —que, por tanto, es unilateral y ha de ser todavía completada—.

Es, ciertamente, dudoso que el sistema heliocéntrico de Copérnico —ideado ya en la antigüedad de modo semejante por Aristarco de Samos³— fuera sentido ya como una *humillación* en su surgimiento, puesto que, de ahí en adelante, se partió de la base de que el «movimiento de la máquina del mundo (...) ha sido delineado para nosotros por el mejor y el más legislador de todos los artífices»⁴. La sustitución del sistema geocéntrico, que, con la autoridad de la física aristotélica y del sistema ptolemaico, podía reivindicar casi dos mil años de vigencia, no produjo humillación, sino que posibilitó una nueva y estremecida admiración hacia la grandeza de la creación, que, desde ese momento, parecía poder descifrarse directamente en el libro de la naturaleza. Bruno censuró a Aristóteles por ser un «minimizador de la grandeza y dignidad de la naturaleza divina», ya que supuso un mundo

2. W II, cap. 1, p. 11.

La *provocación biológica* de Schopenhauer reside en que él, en el año 1851 —o sea, incluso antes que Darwin— formula que el hombre procede del mono, sin hacer las más mínimas concesiones a la teología: «No nos podemos ocultar que, de acuerdo con ello, tendríamos que imaginar que los primeros hombres nacieron, en Asia, del pongo (cuya cría se llama orangután), y, en Africa, del chimpancé, si bien no nacieron como monos, sino ya como hombres» (P II, § 91, pp. 182 y s.).

La *provocación psicológica* de Schopenhauer se expresa en la nueva determinación de las relaciones entre la voluntad y el intelecto. La voluntad es el amo; el intelecto, el sirviente. Sin detenerse ante ningún tabú, Schopenhauer discute a comienzos (!) del siglo XIX el dominio de la voluntad, que también actúa inconscientemente, en el marco de la sexualidad: «Las relaciones sexuales (son) siempre el punto central y fundamental en toda la vida y la conducta del hombre» (HN III, Infolio II, n.º 245, pp. 367 y s.).

3. Cfr., Arquímedes, *Die Sandzahl (El arenario)*, trad. de A. Czwalina, Leipzig, 1925, p. 67. Plutarco, *Das Mondgesicht (La cara de la luna)*, introducción y trad. de H. Görgemanns, Zurich, 1968, p. 22.

4. N. Copérnico, *Über die Kreisbewegungen der Weltkörper (De revolutionibus orbium coelestium, 1543)*, trad. de C. L. Menzzer, Thorn, 1879, p. 6. Cfr. J. Kepler, *Das Weltgeheimnis (Mysterium cosmographicum, 1596)*, trad. e introducción de M. Caspar, Augsburg, 1923, p. 49.

limitado y finito, un mundo que se encontraba en la nada, es decir, en ninguna parte ⁵. También Galileo miró con ojos de devota reverencia a través del telescopio que él construyó, lo cual le condujo a reflexiones acerca de la tierra que la revalorizaban. En modo alguno es la tierra el «estercolero y desecho del mundo» ⁶, sino, más bien, una estrella luminosa entre las estrellas, de lo que su *Mensajero de las estrellas* (*Sidereus Nuncius*) da noticia en el año 1610. Ciertamente, Galileo ha contribuido decisivamente a la desmitificación del cielo, pero no fue su intención hacer de menos al cielo, sino elevar la tierra al nivel del cielo ⁷ y hacer que el cielo pregone la magnificencia de Dios ⁸. En este sentido, por ejemplo, dice todavía Klopstock:

«¡Oh espectáculo de la noche resplandeciente, legión de estrellas!
¡Cómo os alzáis! ¡Cómo cautivas, visión
del grandioso mundo! ¡Dios creador!
¡Qué sublime eres, Dios creador!» ⁹.

5. G. Bruno, *Zwiesgespräche vom unendlichen All und den Welten* (*Sobre el universo infinito y los mundos*) (1584), trad. de L. Kuhlenbeck, en *Gesammelte Werke*, vol. III, Jena, 1904, pp. 27-31. Bruno pone de manifiesto la sujeción del observador a su situación: «Y si suponemos infinitos cuerpos en semejante espacio, tal como esta tierra o cualquier otra tierra, este sol o cualquier otro sol, entonces todos estos cuerpos cósmicos completan sus revoluciones en una porción finita y limitada del espacio y alrededor de su propio centro específico. Así, nosotros, los habitantes de la tierra, podemos decir que la tierra se encuentra en el centro (...). Pero, con la misma razón, también unos hipotéticos habitantes de la luna creerían que nuestra tierra —que sería su luna— y muchos otros astros, que constituyen los extremos del radio de la esfera visual, giran alrededor de su centro (...). Así, pues, la tierra no se encuentra en el centro del universo en un sentido absoluto, sino sólo desde su propio punto de vista por lo que respecta a este nuestro entorno» (*L.c.*, pp. 61 y s.).

6. G. Galilei, *Sidereus Nuncius. Nachricht von neuen Sternen*, edit. por H. Blumenberg, trad. de M. Hossenfelder, Francfort del Meno, 1980, p. 105.

7. Cfr., H. Blumenberg, «Das Fernrohr und die Ohnmacht der Wahrheit», en G. Galilei, *Sidereus Nuncius*, ed. cit., p. 28.

8. Cfr., Salmo 19, 1-7. Este salmo —como también el «milagro del sol», Josué, 10, 12-14— fue utilizado por la Santa Inquisición contra Galileo, cuya interpretación de la Biblia fue rechazada. El copernicanismo no produjo originariamente humillación, sino que sus partidarios fueron humillados o liquidados por la reacción de sus adversarios clericales.

9. *On Anblick der Glanznacht, Sternheere, Wie erhebt ihr! Wie entzückst du, Anschauung Der herrlichen Welt! Gott Schöpfer! Wie erhaben bist du, Gott Schöpfer!*

F. G. Klopstock, «Der Tod» («La muerte»), en *Werke in einem Band*, edit. por K. A. Schleiden, Munich, 1954, p. 99. Compárese el himno a la naturaleza de Shaftesbury, de tan persistente influencia en la historia cultural alemana (*Die Moralisten* (*Los moralistas*), trad. de K. Wolff, Jena, 1910, especialmente pp. 117-119), y en particular el tercer canto de la traducción literaria de Herder (*Sämliche Werke*, vol. XXVII, edit. por B. Suphan, reimpresión, Hildesheim, 1968, pp. 397 y ss.).

Incluso el relato de filosofía natural *Micromegas* (1752) de Voltaire, obra crítica dirigida contra la tradición aristotélica, tampoco expresa ninguna conmoción realmente duradera de tal humillación. Dicho relato describe cómo dos viajeros de Saturno y Sirio, dotados respectivamente de setenta y dos y mil órganos sensoriales, emprenden un viaje formativo por el universo y, finalmente, encuentran en el planeta Tierra, que gira hacia la izquierda alrededor del sol, unos «bichitos filosóficos»¹⁰. Asombrados, los viajeros descubren que Dios ha tenido a bien manifestar su arte y su poder también en estas «motitas inteligentes»¹¹. En una conversación con ellos, un doctor de la Sorbona se remite a la *Summa* de Tomás de Aquino y sostiene que los gigantes, sus mundos, sus soles y sus estrellas, en una palabra, todo, ha sido creado única y exclusivamente para los hombres. Entonces, los gigantes estallan al unísono en aquellas irrefrenables risotadas, que, de acuerdo con Homero, son el patrimonio de los dioses, y hacen entrega a la Academia de las Ciencias de París de un libro que debería ofrecer la explicación del fin último de todas las cosas... y sólo contiene páginas en blanco. El relato de Voltaire es una sátira sobre la enorme vanidad humana de unos seres infinitamente pequeños. No hay ninguna humillación, sino, más bien, exhortación a una postura investigadora de cautela intelectual a la hora de describir el cuadro del espíritu humano con los caracteres de una experiencia comprobada sin prejuicios¹².

Blumenberg sostiene la opinión de que el copernicanismo se experimen-

10. Voltaire, «Micromegas. Eine naturphilosophische Geschichte», en *Romane und Erzählungen*, Munich, 1971, p. 144.

11. *O.c.*, p. 142.

12. El relato de Voltaire «Micromegas» puede también leerse desde el punto de vista de la historia de la filosofía como una respuesta al problema del tercer tropo del antiguo escéptico Enesidemo en el sentido de la crítica del conocimiento empirista de John Locke: En la antigüedad tardía el escepticismo pirroniano reflexiona sobre el conflicto entre las percepciones condicionado por el número y la diversidad cualitativa de los órganos sensoriales (tercer tropo de Enesidemo). ¿Percibimos demasiadas o demasiado pocas propiedades de una cosa? Las meditaciones escépticas de este tipo conducen a la suspensión del juicio (epojé): «No podemos decir, por lo tanto, cómo es cada una de estas cosas según su naturaleza; es posible decir, no obstante, cómo aparece cada vez.» (Sexto Empírico, *Grundriß der pyrrhonischen Skepsis (Compendio del escepticismo pirroniano)*, I, 93, Introducción y trad. de M. Hossenfelder, Francfort del Meno, 1968, p. 115).

J. Locke reconsidera la cuestión del escepticismo antiguo: «Aquel que no se coloca arrogantemente en la cima de todas las cosas, sino que toma en consideración la inmensidad del edificio del mundo, (...) puede entonces inclinarse a suponer que en otros lugares de este universo quizá habitan otros seres diferentes dotados de razón, de cuyas capacidades nosotros poseamos tan poco conocimiento e idea como tiene un gusano cerrado en el cajón del armario de los sentidos o el entendimiento de un hombre.» (*Über den menschlichen Verstand (Ensayo sobre el entendimiento humano)* (1960), II/2. 3, Hamburgo, 3.ª ed., 1976, pp. 128 y s.).

tó por primera vez con Nietzsche como la gran decepción y humillación del hombre¹³. De hecho, Nietzsche plantea la cuestión de si la voluntad de empequeñecerse a sí mismo del hombre progresa desde Copérnico incontestablemente. El hombre, que de acuerdo con sus primeras creencias era casi un dios, se ha convertido en un animal; la fe en su dignidad y en su condición de insustituible en la jerarquía de los seres ha desaparecido:

«Desde Copérnico, el hombre parece haber caído por un plano inclinado. Desde entonces, rueda cada vez más rápido alejándose del centro; ¿hacia dónde? ¿hacia la nada?»¹⁴.

Sin embargo, esta nueva interpretación transvaloradora se encuentra ya elaborada en el primer volumen de la obra capital (1819) de Schopenhauer, aunque no con el agravamiento histórico que es característico para Nietzsche. Schopenhauer —quien remite tan poco el «cielo estrellado sobre mí» a lo divino como la «ley moral sobre mí»¹⁵ a lo racional *a priori*— desarrolla la humillación cosmológica en primer lugar —y, ciertamente, como trauma filosófico—, al proseguir el ataque ilustrado de los primeros ideólogos críticos franceses, Helvecio y Holbach, que, en su teoría del engaño clerical, se dirigían contra el antiguo régimen. A la provocación filosófica, retrasada por lo que hace a su influjo histórico hasta la segunda mitad del siglo XIX —de ahí que con frecuencia se atribuya a Nietzsche lo que Schopenhauer desarrolló originariamente—, siguió una ola de amplia repercusión psicológica, incluso en las bellas letras. El hombre —considerado *empíricamente como el resultado de un «proceso de fermentación»*¹⁶, a partir del cual se ha desarrollado, elevándose gradualmente, la vida orgánica— es «arrojado» con sus miles de necesidades al espacio infinito y al tiempo infinito como una magnitud insignificante, «abandonado a sí mismo», «incierto acerca de todo, excepto de su necesidad y miseria», en constante «preocupación» por

13. H. Blumenberg, «Das Fernrohr und die Ohnmacht der Wahrheit», ed. cit., p. 28. Cfr. del mismo autor, *Die kopernikanische Wende*, Francfort del Meno, 1965, pp. 122 y s. y 158 y s.

14. F. Nietzsche, *Zur Genealogie der Moral (La genealogía de la moral)*, en *Werke in drei Bänden*, vol. II, edic. de K. Schlechta, Munich, 1966, p. 893.

15. I. Kant, *Kritik der praktischen Vernunft (Crítica de la razón práctica)*, *Akad.-Ausg.*, vol. V, p. 161. A partir de su explicación mecanicista de la evolución cósmica desde un estado inicial caótico hasta un cosmos perfectamente ordenado el primer Kant precrítico extrae todavía directamente la confirmación de un entendimiento divino supremo: «Hay un Dios, justamente porque la naturaleza también en el propio caos no puede comportarse de otra manera que regular y ordenadamente.» (*Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels (Historia natural general y teoría del cielo)* (1755), *Akad.-Ausg.*, vol. I, p. 228). La piedad de Kant, sobre todo la de su filosofía práctica, espantó siempre a Schopenhauer.

16. P II, § 27, p. 44.

su existencia¹⁷. Para esta situación de la existencia humana, para su fugacidad cosmológica, no hay escapatoria. Schopenhauer habla del círculo como el auténtico símbolo de la naturaleza, puesto que es «el esquema del retorno»¹⁸. La circularidad que vuelve sobre sí misma del eterno retorno es la forma más general de la naturaleza, desde el curso de los astros hasta la muerte y nacimiento de los seres orgánicos. En esta situación sin salida e insoportable el hombre, acosado, se procura un alivio: inventa dioses:

«Déjale estar sin miseria, deseos y necesidades, que exista como un ser meramente intelectual y sin voluntad; entonces no necesita ningún dios y tampoco fabrica ninguno. El corazón, esto es, la voluntad tiene en su penosa opresión la necesidad de invocar un auxilio todopoderoso y, por lo tanto, sobrenatural. Así, pues, porque había que rezar se hipostasió un dios, y no al contrario.»¹⁹

Sólo en virtud de la peculiar conexión del copernicanismo con esta radical crítica de la religión, propuesta también desde otro punto de vista, por ejemplo, Ludwig Feuerbach y Karl Marx, y que engloba interpretaciones inevitablemente panteístas, puede hacerse posible aquella humillación narcisista, tal como Freud²⁰ la entiende. El humillado por su propia pequeñez e inferioridad —ya nunca más *ocultas*— sueña, por así decirlo, el sueño de Jean Paul con el Cristo muerto y viaja con él a través del universo vaciado de sentido, en el cual toda pregunta, búsqueda y esperanza desde la perspectiva teleológico-teológica de la tradición aristotélico-tomista es, a partir de entonces, absurda y fracasa:

«Cristo prosiguió: “Viajé a través de los mundos, subí a los soles y volé con las galaxias a través de los desiertos del cielo; pero no hay dios. Descendí hasta allí donde el ser arroja sus sombras, me asomé al abismo y grité: “Padre, ¿dónde estás”, pero sólo escuché el eterno torrente que nadie gobierna, y el resplandeciente arco iris de los seres se alzaba sobre el abismo sin un sol que lo crease y dejaba caer sus gotas. Y cuando alcé mi mirada a la inmensidad del

17. W I, § 57, pp. 426-428.

18. W II, cap. 41, p. 609. Nietzsche abunda en este aspecto: «Pensemos este pensamiento en su forma más fructífera: la existencia, tal como es, sin sentido ni meta, pero retornando ineludiblemente, sin un final en la nada: “el eterno retorno”. Esta es la forma extrema del nihilismo: ¡la nada (el “sinsentido”) eternamente!» (*Aus dem Nachlaß der Achtzigerjahre*, ed. cit., vol. III, p. 853; *cfr.*, p. 919).

19. P I, p. 147.

20. Posiblemente se refiere Freud también a una opinión de Goethe, desde el punto de vista de la historia de la ciencia, sobre el copernicanismo. Goethe no habla de humillación, sino del acaso más grande y difícil «reto a la humanidad» (*Materialien zur Geschichte der Farbenlehre (Materiales para la historia de la teoría de los colores)* (1810), en *Sämtliche Werke*, vol. 16, *Artemis-Gedenkausgabe*, edic. de E. Beutler, Zurich/Munich, 1977, p. 395).

mundo en pos del ojo divino, me miraba fijamente con la cuenca vacía y sin fondo; y la eternidad yacía sobre el caos y lo roía y se consumía. ¡Seguid gritando, disonancias, aniquilad las sombras!, ¡pues Él no existe!"»²¹.

Jean Paul hace que el soñador despierte. Dios no ha muerto (todavía). Para Schopenhauer la vida es este mismo sueño y su esfuerzo argumentativo se dirige contra la tentación siempre recurrente —también en filosofía— de un despertar *a priori*.

Volker SPIERLING

21. Jean Paul, *Siebenkäs*, en *Sämtliche Werke*, vol. II, edic. de N. Miller, Munich, 1971, p. 273.

En los manuscritos inéditos de Schopenhauer se encuentra el significativo diálogo siguiente:

«Conversación del año 33:

A. ¿Sabe usted ya lo último?

B. No, ¿qué ha pasado?

A. ¡El mundo ha sido salvado!

B. ¡Qué me dice!

A. Sí, el amado Dios ha tomado forma humana y se ha hecho ajusticiar en Jerusalén; con ello, el mundo ha sido salvado y el diablo burlado.

B. ¡Vaya! ¡Eso es realmente encantador!»

(HN IV, 2, *Senilia*, n.º 62, p. 21). A pesar de este diálogo, Schopenhauer no deja de ser sensible a la idea cristiana de la salvación —de la salvación por medio del amor—.

Volker Spierling (Francfort del Meno, 1947) es Dr. en Filosofía por la Universidad de Munich. Dedicado a la tarea investigadora, es un reconocido especialista en la filosofía de Schopenhauer y organiza asimismo seminarios de Filosofía para un público interdisciplinar. Entre sus trabajos publicados destacan: *Schopenhauers transzendentalidealistisches Selbstmisverständnis* (1977), *Materialien zu Schopenhauers «Die Welt als Wille und Vorstellung»* (edit., 1984), *Lust an der Erkenntnis: Die Philosophie des 20. Jahrhunderts* (1986), *Schopenhauer im Denken der Gegenwart* (edit., 1987), *Kleine Geschichte der Philosophie* (1990), así como numerosos artículos y una edición de las *Philosophische Vorlesungen* (4 vols., 1984-1986), de Arthur Schopenhauer.

LISTA DE ABREVIATURAS

Arthur Schopenhauer, *Sämtliche Werke*. Edic. crítica de Wolfgang Frhr. von Löhneysen, 5 vols., Stuttgart/Francfort del Meno, Cotta-Insel, 1960 (= Werke).

W I = *Die Welt als Wille und Vorstellung*, vol. I (Werke, vol. I).

W II = *Die Welt als Wille und Vorstellung*, vol. II (Werke, vol. II).

P I = *Parerga und Paralipomena*, vol. I (Werke, vol. IV).

P II = *Parerga und Paralipomena*, vol. II (Werke, vol. V).

Arthur Schopenhauer, *Der handschriftliche Nachlaß*. Edic. de Arthur Hübscher, 5 vols. Francfort del Meno, Waldemar Kramer, 1966-1975 (= HN).

HN III = *Berliner Manuskripte 1818-1830* (vol. III).

HN IV/2 = *Letzte Manuskripte/Gracians Handorakel* (vol. IV, 2).